



MARÍA TUDOR

Antonio Moro.



LAS HILANDERAS (FRAGMENTO)

Velázquez.



LA INFANTA  
ISABEL CLARA EUGENIA

# LAS MUJERES

DEL DISCURSO PRONUNCIADO EN EL IV CONSEJO NACIONAL DE LA SECCIÓN FEMENINA

VAMOS a detenernos, por ejemplo, ante aquel lienzo de Tiziano que representa a la Emperatriz Isabel. Ahí está la Emperatriz, tal como era, a pesar de que Tiziano pintó este cuadro cinco años después de muerta la modelo. Le enviaron a Venecia un retrato—parece que no muy bueno, dice el Aretino—; y, sin embargo, nos da la sensación de que la Emperatriz debe estar parecida, pues tenemos como punto de referencia también los retratos en mármol y en bronce que esculpió Leoni; es una mujer de gran belleza, fina, atractiva, acaso poco brillante, pero, en fin, de una belleza delicada, de cabellos rubios tirando un poco a rojos; los ojos muy claros; vestida maravillosamente de terciopelo rojo bordado en oro y perlas, y cuyos abullonados dejan ver una ropilla blanca; y en la mano, un libro, probablemente de rezo. Pues bien: esta mujer comparte la más grande responsabilidad que ha pesado sobre figura alguna de mujer en la Historia, con Carlos V, aquel atlante que tuvo que sostener el peso de dos mundos, cumpliendo siempre su deber, estando atento a todo, acudiendo a Italia, a Flandes, o a Alemania, o al Africa cuando convenía. El Emperador la amó tiernamente, apasionadamente. Era su prima hermana. Los grandes capitanes del Emperador tenían a gloria una sonrisa suya... Pizarro le envió una maravillosa esmeralda del Perú, diciendo que como las esmeraldas son del color de la esperanza, él tenía la de que la Emperatriz mirase a su servicio y le mandase cosas difíciles. Gobernó frecuentemente a España, porque el Emperador viajaba constantemente por el mundo, y murió muy joven. Y cuenta el Cardenal Cienfuegos que el Emperador la lloró tanto, que parecía que del luto de la Emperatriz portuguesa se le había pegado algo de la ternura portuguesa.

Todas conocéis la célebre anécdota de su muerte: la corrupción de aquella belleza femenina produjo, no la conversión, pero sí la vocación del Duque de Gandía... Bien merece, pues, que os detengáis un momento ante esta figura de mujer. Es la madre de Felipe II, que tuvo mucho de su madre: físicamente, los ojos azules y el pelo un poco rojo, y en lo moral, este fondo de ternura grave tan poco conocida, pero que es fácil descubrir cuando se estudia un poco la psicología de la Reina, en sus cartas, por ejemplo.

Aquí tenemos precisamente este retrato de María Tudor, pintado por Antonio Moro: maravilloso retrato. Isabel I, nacida hija de aquel monstruoso Enrique VIII, que puso una mancha de sangre y de grasa en la historia de Inglaterra, y de aquella santa princesa Catalina de Aragón, hija de Isabel la Católica; no tuvo niñez, pasó su niñez entre constantes asechanzas contra sus derechos al trono, muchas veces contra su vida: niñez triste, juventud sin amores, sin diversiones, y ya cuando cuenta alguna edad, es llamada a ceñir la corona de Inglaterra. María Tudor no tenía más que una obsesión: continuar la obra de su madre y borrar la de su padre; restablecer el catolicismo en Inglaterra. A esto lo sacrifica todo, y pone tal energía en esta empresa, que se la ha acusado, con rigor excesivo, dándole el nombre de María, la Sanguinaria. Comprende que para esta empresa le hace falta una persona que piense como ella para que pueda ayudarla en su obra, y se casa con Felipe II de España, viudo entonces de María de Portugal, de la que también estuvo muy enamorado, y aunque al parecer pensaba casarse con otra princesa portuguesa, Carlos V le impone esta boda. Pasa, pues,

Felipe II a Inglaterra, y María Tudor se enamora de él. María es entonces vieja, fea... Este retrato la muestra con esa fealdad de las inglesas cuando se ponen a ser feas, pues aun cuando en las inglesas se dan tipos de belleza extraordinaria, parece realmente que llegan también a la perfección de la fealdad: rostros angulosos, ojos desvaídos, pómulos salientes... Las cartas de los compañeros de Felipe II hablan solamente de esta fealdad de la Reina. Sin embargo, Felipe II se porta siempre con ella como un perfecto caballero. Otra cosa, amor, no se le podía pedir... Pero ella se enamora del príncipe, mucho más joven que ella y, además, uno de los más galantes caballeros de su tiempo.

De las figuras de esta época imperial debemos detenernos un momento ante el retrato de Isabel Clara Eugenia, la hija predilecta de Felipe II, el gran amor de la vida de Felipe II, puede decirse. La amaba apasionadamente. Cuando fué a tomar posesión de la Corona de Portugal, en las cartas, Felipe II a su hija Isabel Clara Eugenia, se revela una delicadeza de sentimientos y una ternura extraordinarias; habla con verdadera exquisitez, le habla de todo cuanto puede serle grato, de las flores de Portugal, de los ruiseñores...; le cuenta sus impresiones... Felipe II no tiene más ilusión que la de compartir sus alegrías y sus tristezas con su Isabel Clara Eugenia. Todo le parece poco para ella... Quiso hacerla reina de Francia. Fué la novia de Europa... Y luego la casó con su primo el Archiduque Alberto, a quien dió Felipe II la soberanía de los Países Bajos. Isabel Clara fué la primera fundadora de la nacionalidad belga, y gobernó siempre con un tacto, una energía y un tino maravillosos, con el corazón puesto en España, sirviendo en todo instante los intereses de España, con ese magnífico desinterés, con esa ausencia de egoísmo y de toda pasión personal que es tan característico de las princesas de la Casa de Austria.

Tenemos después otro ciclo de retratos; otra generación, otro grupo de mujeres: las mujeres retratadas por Velázquez. Estas mujeres de los retratos de Velázquez van vestidas de un modo genuinamente español. Nadie viste en el mundo como ellas. Todas conocéis este tipo de mujer del retrato velazqueño: cabellera partida en dos mitades, abullonados adornados con plumas, con escarapelas o con joyas; el descote recto, dejando ver los hombros y rodeado de un gran volante; el corpiño, muy ajustado, y después aquellos inmensos guardainfantes. Recordad, por ejemplo, el retrato de Mariana de Austria, la segunda mujer de Felipe II; aquel retrato en que la Reina aparece vestida de terciopelo, de un color marrón fuerte, con galones de plata; una cara de mujer vulgar, anodina. Esta pobre Reina tuvo la desgracia de que el destino la colocara en un lugar muy por encima de su capacidad. Se encuentra regente de la Monarquía, teniendo en las manos aquel imperio todavía inmenso, y no tiene capacidad para ello. Se trata de una mujer anodina, gris, pequeña, de espíritu mezquino, aficionada a los chismes y los cuen-